

balcón, que su esposa concluyera de arreglar-se. Notó entonces con una feliz sorpresa, que la luz de una nueva vida radiaba en los ojos de la condesa, y que estos ojos se fijaban en los suyos con una expresión afectuosa. Creyó él ver un sentimiento de gratitud por la manera con que acababa de conducirse con ella, y se regocijó de un cambio tan feliz. Cuando su esposa terminó, le ofreció la mano, y ambos salieron con objeto de hacer la visita á la señora de Beza.

II.

Al día siguiente la condesa de Almata despertó más temprano que de costumbre. No se había levantado aún la dueña, cuando ya la noble dama había dejado su lecho y comenzaba á vestirse por sí misma para salir. Fácil era conocer en la sonrisa que entreabría sus labios y en la precipitación de su movimientos, que una alegre impaciencia la incitaba á obrar de tal manera.

Cuando la dueña entró al aposento de la condesa, ésta había concluído ya de vestirse. La antigua servidora creyó ver en esto un reproche á su pereza, y con mudo despecho se puso á arreglar la habitación; pero la condesa se volvió hacia ella, y le dijo chanceándose:

—Vamos, Inés, querida mía, no estés enfadada: la alegría me ha arrojado del lecho. Ayer trabajaste tanto en bien mío, que, por recompensa á tu zelo, no he querido despertarte.

Y se aproximó misteriosamente á la dueña, que ya se había consolado, la tomó de la mano, y llevándola á un rincón de la recámara, la dijo conteniendo la voz, pero dejando ver en su semblante la felicidad que la embriagaba:

—¡Inés, al fin voy á verla!..... Ya es necesario que la vea..... ¡Oh, cómo late mi corazón! Me parece que una nueva vida circula por mis venas..... Vamos, ayúdame, que no

sé lo que hago..... ¡estoy tan ansiosa!..... ¡me siento tan feliz!.....

—¿Y el conde de Almata, señora?—dijo la dueña con inquietud.—¿No se encolerizará si dejáis vuestra casa sin su consentimiento y á pesar de su prohibición?

—Lo sabe ya, Inés: él me lo ha permitido.

—¿De veras? ¿Estáis segura, señora, de que os haya sido dado este permiso sin ninguna mala intención?

—Perfectamente segura; créemelo, ayer estuve conmigo bondadoso; confiado y tierno como nunca: mas no comprendo todavía este cambio tan repentino.

—Yo sí lo comprendo bien, señora. El conde os tiene un extremado cariño..... Ocho años hace que vos languidecéis y no correspondéis á todos sus testimonios de simpatía, mas que con una invencible tristeza. Ayer, cuando os traje la buena nueva, la vida resplandeció en vuestros ojos, vuestras mejillas se cubrieron con el fresco color de la rosa, vuestra voz se hizo dulce y vibrante; sí, señora, estabais bella, con una hermosura irresistible: ¿á quién no habríais seducido? El conde, que os ama, que en el mundo os quiere más que á todo, se ha dejado dominar por tantos encantos..... Y después de esto, señora, ¿no le habéis hablado con más cariño, con más ternura que de ordinario?

—¡Qué bien lees en el fondo de los corazones, querida mía!..... Sí, es cierto: después de quince días de desesperación y de lágrimas, me siento de tal manera dichosa, que todo lo que decía se escapaba de mis labios con una dulce vivacidad, con un acento de penetrante simpatía: el conde se hallaba en el colmo de la felicidad. Así, cuando en medio de nuestras dulces conversaciones le dí á conocer el deseo de visitar la casa de las huérfanas, bajo el pretexto de buscar allí telas y encajes, me abrazó con efusión y me dijo:—«Vé, mi muy amada Catalina; toda desconfianza ha desaparecido;

no me ocultes más lo que hagas: ahora sé que el deseo de libertad era la sola causa de tu misteriosa conducta..... Ah! ¡te creías espiada por mí!..... Permanece siempre contenta como ahora te veo; sé siempre buena como lo eres en este momento, y vé á donde tú quieras: tu noble carácter y tus instintos de grandeza y de honor, me son garantías suficientes contra las inquietudes de mi alma castellana.»

La dueña lanzó un suspiro, y dijo, elevando las manos:

—¡Y que á un hombre semejante, que es la bondad y la generosidad misma, nos sea necesario engañar!..... Que Dios nos perdone, señora, lo mal que obramos al hacer esto.....

—Mal, dices?..... ¡Ay de mí! acaso tienes razón; pero, ¿es posible escapar de esta fatal necesidad? Yo soy inocente, tú lo sabes, y moriría de vergüenza antes que dar cabida en mi corazón á un pensamiento culpable; y sin embargo, condenada estoy á sufrir y á bajar la cabeza cuando las sospechas.....

Y se calló un instante. Después añadió:

—Si yo le hiciera saber todo, Inés.....

—¡Cielos! ¿qué decís, señora?

—Escúchame: yo amo al conde, tanto por inspiración del corazón, cuanto por el reconocimiento infinito que le debo. La convicción de que le engaño, es para mí un infierno de dolor y remordimientos; hay momentos en que sería capaz de revelárselo todo.

—Cuidaos bien de eso, señora; la sangre española volvería á tomar su fiereza. Su vida sería envenenada por una horrible certidumbre, y vos no podéis prever la suerte que os estará reservada: mejor valdría volver á España y esforzaros en olvidar el objeto de vuestro viaje.

Las últimas palabras de la dueña causaron una súbita y dolorosa impresión en la condesa, que, como si se hubiera sentido ultrajada, y lanzando á la dueña una mirada irritada, exclamó:

—¿Qué te atreves á proponerme?..... ¿Partir sin verla?..... Sin duda te burlas, porque tú sabes, mejor que yo, que esto es imposible..... Dame mi abrigo, y partamos.....

Existe en la calle del Hospital una casa de fachada gótica, de un estilo casi raro, y cuya parte superior está adornada con una imagen emblemática de la Santísima Trinidad. En el muro, arriba de la puerta principal, se halla esculpido un cuadro, representando un grupo de niñas á las que parece instruir una dama de bastante edad. Bajo de esta escultura, que no carece de mérito artístico, se lee la inscripción siguiente, que da á conocer el origen y objeto de la casa de las huérfanas:

*Un hombre piadoso,
movido solamente por la caridad,
ha dotado ricamente este hospicio, á fin de
que las huérfanas que en otro tiempo han
sufrido una profunda miseria,
sean en él educadas é instruidas
con provecho y honradez.*

*Este hombre excelente se llamaba Van der Meere, y
era comerciante de esta ciudad:
Murió el 19 de Noviembre de 1162, á los 73
años de edad.*

La condesa, acompañada de su dueña, se detuvo delante de esta casa. La dueña levantó el martillo del portón y llamó, al mismo tiempo que decía á la condesa:

—Ahora, señora, conteneos, por el amor de Dios; se podría leer en vuestro rostro lo que nadie debe sospechar.

La condesa no respondió.

Un instante después la puerta fué abierta por una huérfana que llevaba dos gruesas llaves suspendidas de la pretina de su delantal. Tenía esta joven una fisonomía radiante de salud

y alegría; llevaba su traje con coquetería, y su delantal y sus mangas eran de una tela tan blanca y tan graciosamente plegada, como una prueba palpable de la propiedad, de los cuidados y hábiles trabajos que formaban la reputación del Establecimiento.

—¿Qué desea la señora?—preguntó la huérfana con una dulce sonrisa.

—¡Encantadora niña!—exclamó la condesa enajenada, acariciando á la huérfana.

Y llevando una mano á su bolsillo, buscó un instante, y sacó un dedal de plata, que regaló á la jovencita, diciéndole:

—Tomad, hija mía, os doy esto, porque sois encantadora y aseada..... Vengo á ver si aquí podría encontrar encajes.

—Gracias, señora,—respondió la huérfana.—Tenemos encajes muy bonitos..... Entrad al locutorio, os lo ruego.

Y colocándose frente á una escalera, gritó:

—Madre, bajad pronto; aquí está una señora que desea hablaros.

Pocos momentos después entró en el locutorio una mujer de cerca de cuarenta años. Su fisonomía respiraba salud, en su frente se leía la tranquilidad del alma, y todo en ella revelaba la bondad y dulzura de su carácter. Al ver á la condesa, se inclinó saludándola respetuosamente, y ofreciéndola un asiento, le dijo:

—¡Cuánta honra es para nuestra casa, señora, que la condesa de Almata se digne visitar á las pobres huérfanas! ¿En qué podemos servirlos?

—Deseo, querida madre, comprar algunos encajes, y aprovechando la ocasión, visitar un Establecimiento al que tanto recomienda su exterior.

La Madre abrió los grandes cajones de una cómoda, y sacando de ellos numerosas piezas de encajes, las mostró á los ojos de la condesa; pero ésta no pudo contener su impaciencia, y dijo:

—Muy bellos son estos encajes, y alguno to-

maré seguramente; pero, querida madre, tened la bondad de enseñarme prin ero á vuestras huérfanas, puesto que están en el trabajo.

Como si al parecer no hubiera atendido á esta súplica la Madre quedó observando atentamente á la condesa con una sorpresa y una insistencia casi impolíticas.

—Y bien, querida Madre,—dijo la condesa,—¿no me respondéis?

—Perdonadme, señora,—dijo la Madre suspirando.—¡Dios mío! ¿en qué pensaba yo?..... Estaba distraída... Me parece tan extraño...

—¿Qué es lo que tanto os admira?—preguntó la condesa, que se sentía temblar.

—Nada..... Una semejanza..... No sé cómo he podido pensarlo..... Dignaos seguirme, señora.

Después de hacerlas atravesar un patio cuadrado, condujo á la condesa y su dueña á un salón retirado, en el que se encontraban las huérfanas. Durante el trayecto, la dueña dijo á su ama disimuladamente:— ¡Cuidado, señora!

El salón al que la Madre condujo á la condesa, estaba lleno de jovencitas de diferentes edades, ocupadas todas en hacer labor. Todas estaban uniformemente vestidas: un hábito de lana negra, un jubón de lana azul, un cuello recortado, un delantal tan blanco como la nieve, y una especie de capa de terciopelo negro, componían su vestido. Sus cabellos, peinados hacia atrás, caían sobre la capa, de manera que la frente se presentaba enteramente despejada y en todo su desarrollo. Durante las horas de trabajo, llevaban unas mangas de tela destinadas á garantizar de un rápido deterioro las de su jubón. La mayor parte de las jovencitas tenían un cojín sobre las rodillas, y trabajaban haciendo blondas, encajes, etc.; otras cosían ó trazaban dibujos sobre lienzo muy finos; algunas tejían con hilos de seda y oro sobre telas de diversos colores.

Antes de que llegara la Madre, las jóvenes

entonaban un lindísimo cántico; la condesa las había oído desde el patio, y había notado que entre todas las voces sobresalía una tan dulce como un timbre argentino. Con gran pesar suyo, desde el momento en que penetró en el salón, el canto cesó repentinamente, y cada una de las jovencitas bajó respetuosamente la cabeza sobre su labor. Así lo quería la disciplina, en observancia de la cual, la Madre directora velaba severamente.

Según el deseo expresado por la condesa, la Madre le enseñó el trabajo de cada una de las jóvenes, y le dió explicaciones tan prolijas, que la condesa tuvo que resistir á su impaciencia, ante la lentitud con que la Madre le iba mostrando los trabajos de todas las clases. No se atrevía á pedir las noticias que deseaba, ni á preguntar por la persona que quería ver; se vió, pues, condenada á sufrir la paciencia más penosa, y no escuchaba á la que le hablaba, absorta como estaba en el pensamiento de que un sér que le era más querido que la vida, respiraba, á la vez que ella, en la atmósfera de aquella sala. La Madre, sorprendida de la extraña distracción de la condesa, pensaba en continuar sus observaciones, cuando ésta le dió de repente:

—Vuestras hijas cantan muy bien, querida Madre; hay sobre todo entre ellas una voz de una dulzura maravillosa.

—Ah! ya lo creo: es la voz de Houten Clara..... ¡Dios mío! ¿qué tenéis, señora?..... El aire que se respira en esta sala, quizá os hace daño..... Venid, salgamos al patio, allí hace más fresco que aquí.

—Estáis en un error, querida Madre,—respondió la dueña con voz rápida pero tranquila:—mi señora con frecuencia palidece de súbito: es una afección nerviosa; pero que no pasa de allí.

—¡Ah, tanto mejor!—dijo la Madre.—¿Desearía la señora oír de nuevo el cántico que tanto le agradó?

—Sí, sí, os lo agradeceré mucho; mas permitidme que me siente en esta silla, porque estoy muy fatigada.

La Madre corrió á la extremidad de la sala y llevó su propio sillón, que estaba forrado de cuero y guarnecido con clavos dorados; rogó á la condesa que se sentara en él, y dijo en seguida á las huérfanas:

—Hijas mías, esta noble señora quiere oiros cantar. Clara Houtvelt, poneos al atril.

Mientras que las huérfanas se preparaban para obedecer á su directora y esperaban de ella una señal, la condesa dijo con una emoción mal contenida:

—¿Clara Houtvelt decís, querida Madre?.... Yo creía que me habíais hablado de una Houten Clara, como la primera voz entre todas.

—Sí, señora: Clara Houtvelt y Houten Clara, no son más que una: es la encantadora niña que está delante del atril.

Y sin fijarse en la expresión de la fisonomía de la condesa, ni en la atención llena de ansiedad con que la dueña observaba á su señora, se volvió á las jóvenes, y dijo:

—El cántico de Navidad..... Clara, hija mía, cantad voz primero; vuestras hermanas repetirán el estribillo.

Houten Clara parecía la imagen más poética y deliciosa de la infancia. Era de una constitución delicada, débil quizás, pero de una esbelta elegancia en armonía con sus doce años. Sus grandes ojos parecían reflejar el azul del cielo, y se destacaban del alabastro de su frente como hermosas y brillantes perlas; su boca pequeña era semejante á la hoja de una rosa plegada en dos, y una graciosa semi-sonrisa daba mayor encanto á sus facciones. Lo que sobre todo la hacía distinguirse de sus compañeras, y que indudablemente no iba de acuerdo con su vestido, era la majestad de su actitud, y no sé qué de inexplicable en su mirada, que hacía adivinar una sangre noble y un elevado origen. Ninguna de sus compañeras ha-

bía dejado de adivinarlo así; todas estaban convencidas de que Houten Clara no era de un nacimiento vulgar, bien que este sentimiento no les había sido inspirado mas que por la imponente dignidad y el noble carácter de la pura y hermosa niña.

Cuando Houten Clara vió la señal de la Madre directora, su dulce y encantadora voz se elevó entonando un cántico lleno de expresión y ternura. A cada estrofa, respondían las huérfanas con un estribillo lleno de armonía y de encanto.

Durante este cántico, la condesa, con los labios entreabiertos, estaba sumergida en una enajenación y un éxtasis, como si realmente hubiera estado oyendo cantar el *Alleluia* en los cielos. Sus ojos no se habían separado de Houten Clara; estaba literalmente suspendida de los labios de la niña. Y verdaderamente, mientras que la huérfana cantaba, había en ella algo tan puro, tan celestial, resplandecía una piedad tan ferviente en sus ojos azules como el cielo, estaba tan absorta en el himno de alabanzas que se escapaba de sus labios, y tan arrebatada por un misterioso sentimiento inspirado por la armonía de aquel canto, que sólo se la podría comparar á una alma bienaventurada ante el trono del Señor. La misma dueña se sintió conmovida y olvidó el peligro que corría su señora, porque también, con la cabeza inclinada y los labios entreabiertos, contemplaba fijamente á Houten Clara.

El cántico había concluido, la huérfana había vuelto ya á su trabajo; pero la condesa y la dueña permanecían aún inmóviles sobre sus asientos, con grande admiración de todas las jóvenes. La Madre se aproximó á la condesa, y le dijo llena de orgullo:

—Sí, señora: que se vaya á buscar por toda la ciudad una voz comparable á la de esa querida niña!..... Así, no saldrá ella nunca de nuestra casa para entrar al servicio de nadie. Nuestras vecinas las monjas de Santa Isabel,

las hermanas del convento de la Longue-rue-Neuve y las Ursulinas de Bétail, han prometido á Houten Clara recibirla cuando tenga la edad. Sin duda que será aceptada en cualquiera de esas partes, porque ella será la primera voz de la iglesia: pero no lo conseguirán, señora. Clara es mi hija, y mientras yo viva no se separará de mí, si Dios quiere..... ¿Qué piensa la señora condesa, de tan hermosa voz?

La condesa, dominada por un invencible sentimiento, se esforzaba desde hacía largo rato por contener las lágrimas que querían escaparse de sus ojos. La dueña, observando la lucha que su señora sostenía, le oprimió furtivamente la mano para recordarle su deber é infundirle valor. Sin parar la atención en esta advertencia, como tampoco lo había hecho en la pregunta que le había dirigido la Madre, la condesa se levantó del sillón, y fué á colocarse delante de Houten Clara, quien, por respeto á la extranjería, se levantó inmediatamente y bajó con modestia los ojos. La condesa, temblando, tomó una mano de la huérfana, y dijo á ésta con acento conmovido:

—Tenéis una voz angelical, hija mía..... Pero miradme, mi querida niña.....¿Acaso tenéis miedo de mí?

La niña levantó sus hermosos ojos azules, y mirando á la condesa, sonrió con inexplicable dulzura, y respondió:

—Oh!..... no, señora..... ¡habláis con tanta bondad á vuestra humilde criada!

—¡Criada!—murmuró dolorosamente la condesa; oprimiendo más vivamente aún la mano de la huérfana.—¿Queréis abrazarme, Clara?... ¡Oh, que bien cantáis!.....

—¿Abrazaros, señora?—dijo confundida la jovencita.—Sí lo quisiera, pero no me atrevo!....

Apenas la niña había pronunciado estas palabras, la condesa le tomó la cabeza con ambas manos y depositó sobre su frente un beso tan apasionado y tan prolongado, que la niña, cuando ya se sintió libre, roja de emoción y toda

conmovida volvió á sentarse delante de su labor, sin atreverse á levantar los ojos. La Madre y la dueña, que se habían aproximado, habían sido testigos de esta escena. La primera no sabía qué pensar de lo que veía, y aunque le asaltaron extrañas sospechas, no se atrevió á darles cabida en su espíritu, é hizo esfuerzo sobre sí misma para persuadirse de que únicamente la voz de Houten Clara había arrancado lágrimas á la condesa. La mayor parte de las huérfanas miraban con aire distraído ó envidioso lo que pasaba: estaban acostumbradas á ver en Houten Clara el objeto de la atención y caricias de todo el mundo, y nada más sospechaban de esta circunstancia. La dueña entre tanto temblaba de inquietud, y apenas vió la palidez de la condesa y el fuego que brillaba en sus ojos húmedos, dijo en alta voz:

—Señora, este hermoso cántico os ha conmovido vivamente, y no estáis bien; el aire libre os hace mucha falta..... Volveremos á la tarde ó mañana.

Al decir estas palabras la dueña fingió sostener á su señora; pero entonces la llevó fuera de la sala, y después de haberse detenido un instante en el patio, la condujo al locutorio.

—Ahora, querida Madre,—dijo la dueña,—hacednos ver pronto vuestros más bellos trabajos, porque mi señora tiene necesidad de descansar un poco. No conozco á nadie en el mundo que sea tan sensible al canto y á la música, como ella: esto la conmueve al grado de perder el conocimiento.

—Ah! yo tengo con qué satisfacer á la señora condesa, si esto puede agradarla.

Y añadió, á la vez que les enseñaba unos encajes bellísimos:

—Clara sabe muchos cantos lindísimos; yo haré que los cante sola, aquí, delante de mi noble vecina. La niña es tan dócil, que jamás ha rehusado á nadie el placer de oírla cantar.

La condesa no se sintió con bastante fuerza de ánimo para contestar; aún sentía la impre-

sión de un delicioso beso; su alma estaba como ligada á los dulces labios de la adorada niña. La dueña lo comprendió, y, sin esperar la orden de su señora, dijo:

—Sí, estos encajes son muy bellos, y aunque es mucho el precio que pedís, querida Madre, mi señora tomará toda esta pieza. Pronto volveré por ella..... Hasta mañana, querida Madre; gracias mil veces por vuestra bondadosa acogida. Nos vamos ya, ¿no es verdad, señora?

La condesa se volvió hacia la Madre, y dijo:

—Quisiera hacer un regalo á vuestra encantadora niña; ¿podría verla aquí?

—Al instante, señora,—respondió la Madre dejando el locutorio.

—Por el amor de Dios, señora, ¿qué vais á hacer?—exclamó la dueña juntando las manos.

—Quiero volver á abrazarla antes de partir, aunque así tenga yo que morir, Inés.

—Que el angel de vuestra guarda os ayude, señora, en peligro tan grande. Sed prudente, muy prudente; aquí está.....

La Madre volvió con Houten Clara y la llevó á la condesa; ésta tomó á la niña de una mano, y sacando algunos objetos de su bolsillo, le dijo:

—Mi querida niña, vuestra hermosa voz y vuestra dulzura me han encantado. Es necesario que yo os recompense: tomad, aceptad esto de mí, como de una amiga que os quiere mucho.

La joven tomó todo lo que le ofreció la noble dama, y quedó embelesada á la vista de los objetos que brillaban en sus manecitas. Estos objetos eran unas tijeras pequeñas de plata cincelada y un estuche del mismo metal.

—Abrazad á la señora, hija mía, dijo la Madre.

Houten Clara, loca de alegría al poseer tan preciosas tijeras y un estuche tan bonito, no se lo hizo repetir dos veces, y sonriendo, tendió los brazos á la condesa. Esta cubrió de besos

á la niña, hasta que la dueña intervino diciéndolo con un tono que no admitía réplica:

—Señora, el señor conde os espera, y podría disgustarse por nuestra larga ausencia.

Y dió algunos pasos hacia la puerta.

—Hasta mañana, querida Madre,—dijo la condesa;—hasta mañana, mi encantadora niña: os falta aún un dedal, y yo os lo daré también.

La condesa siguió á la dueña, y la puerta se cerró tras de ellas.

—Señora,—dijo la dueña luego que se encontraron en la calle,—qué imprudente habéis estado!..... Sería necesario que esas gentes estuvieran ciegas para no adivinar, á lo menos, que vuestras emociones ocultan un misterio....

La condesa le puso la mano sobre la boca, y le dijo con exaltación:

—Cállate, mi buena Inés, cállate. Aun cuando me dijeras que el conde ha descubierto todo, aun cuando su odio y su venganza estallaran sobre mí, nada me importaría!..... Ah! parece que ignoras que he oído su voz, que la he estrechado contra mi corazón, que la he llenado de besos..... y que ella me ha sonreído, me ha hablado, y sus labios se han estrechado con amor sobre los míos..... ¡Oh, Dios mío, cuánta felicidad!..... Estoy pronta á afrontarlo todo, á sufrirlo todo; mas no me arrebatéis la embriagadora alegría que refresca mi corazón..... Y tú, Inés, guarda silencio; déjame gozar de esta inexplicable felicidad; no oscurezcas la esplendidez de mi cielo..... Ella es hermosa como un ángel, ¿no es verdad, Inés?... ¡Qué perfume de nobleza en ese primoroso ruiseñor!

La dueña enjugó dos lágrimas, abrió la puerta, y entrando después de la condesa, cerró la puerta sin hacer ningún ruido.

Por su parte la Madre de las huérfanas, preocupada y hablándose á sí misma, volvió al locutorio para cerrar los cajones donde guardaba los encajes. Pero al volver allí, casi había ol-

vidado lo que iba á hacer, y como si no hubiese tenido conciencia de lo que hacía, fué á sentarse en una silla, en la que durante algunos instantes permaneció inmóvil y con los ojos fijos en el suelo; al fin murmuró en voz baja y con lentitud:

—¿Y aquella historia de la villa incendiada y del soldado generoso, sería una invención?... ¡Houtvelt! Nombre singular, en efecto..... Acaso sea su hermana..... Pero, ¿cómo podría ser esto? Houten Clara no tiene más de doce años..... Acaso es una prima, una tía..... ¿Quién sabe?..... ¿Y sería posible que una prima, una tía, una hermana misma se conmoviera á tal grado y se deshiciera en llanto bajo la impresión del beso de una niña? ¿Este irresistible sentimiento puede ser otro que el que la condesa ha revelado aquí?..... Sí, el sentimiento maternal es el sólo capaz de apoderarse así del alma de una mujer..... Ah! ¡ya comprendo!..... ¡Pobre madre, cuánto debe sufrir!..... ¡Una hija tan graciosa, tan linda!..... ¡Dejar de verla muchos años, y encontrarla entre las niñas que son educadas para servir; no poder librarla ni protegerla; desfallecer con un beso, é irse luego con el corazón despedazado!..... ¡Oh, Dios mío! ¡Estar condenada á gozar furtivamente de un beso, de una sonrisa, de una opresión de mano de su propia hija, y poder sólo hablarla como á una extraña! ¡Ver una espada amenazante suspendida sin cesar sobre su cabeza; luchar contra la naturaleza y la sociedad, y abatirse cien veces bajo el desapiadado destino!..... ¡Pobre madre!..... Pero, ¿quién puede saberlo?..... Quizás yo me engaño, y entonces mis sospechas serían una injuria al honor de la condesa. Ah! como quiera que sea, la condesa es buena y ama ardientemente á la niña que yo prefiero á todo en el mundo; cualquiera que sea el secreto de su corazón, yo no le traicionaré nunca: que Dios me libre ello!..... Y puesto que es tan feliz con la presencia de la dulce y sonrien-

te Clara, como si ésta fuera una hija querida, que venga la pobre madre: ella encontrará en mí una amiga.....

—¡Madre!—gritó la portera:—aquí está la hermana Begga de la Anunciación, que viene por la limosna del canónigo Vissckers.

—¡Allá voy!—respondió la Madre vivamente, corriendo al encuentro de la hermana anunciada.

III.

Apenas el sol comenzaba su carrera, cuando la condesa de Almata dejó su palacio, y acompañada de su dueña fué á visitar de nuevo el Establecimiento de las huérfanas. La alegría más pura resplandecía en sus ojos; todo en el mundo le parecía grato y hermoso desde que había huido de ella la horrible amargura, bajo el peso de la cual había gemido tantos años. Su alegría era para su marido una fuente de consuelos y felicidades; él había vuelto á ser bueno y tierno para ella, y le mostraba una confianza tan ilimitada, que ella estaba convencida de que no quedaba la menor sospecha en su corazón. La condesa iba á visitar á Houten Clara, á la querida niña, sin temer que el ojo de un espía siguiera sus pasos.

La dueña llamó.

Sin duda la Madre directora había dado órdenes especiales á la portera, porque luego que ésta reconoció á las personas que deseaban entrar, abrió la puerta, y exclamó alegremente:

—Sed bienvenidas, señora condesa de Almata..... Yo soy vuestra humilde servidora..... Dignaos entrar para hablar inmediatamente á nuestra querida Madre.

La joven cerró la puerta, y ligera como una corza, salió de allí, á donde algunos instantes después llegó la Madre con Houten Clara.

Desde que la niña entró en el locutorio y per-

cibió á la condesa, se fué derecho á ella, la tomó una mano y se la besó.

La condesa se estremeció conmovida, pero se contuvo, y sin decir una palabra, se puso á contemplar con delicia los azules ojos de la niña. Tomó luego á ésta, la atrajo consigo, y la llenó de besos y caricias.

La mirada fija y extraña de la condesa hizo sin duda nacer en Clara un sentimiento del que no podía darse cuenta: la sonrisa desapareció repentinamente de sus labios, y quedó mirando á la condesa con un aire interrogador, como si esperase una explicación. La niña parecía decir:

—Todo el mundo me ama y me acaricia; pero vos me amáis enteramente de otra manera: ¿por qué es esto?..... ¿y por qué deseo yo tan vivamente encontrarme á vuestro lado?

La condesa comprendió sin duda la muda pregunta de la huérfana, porque exclamó suspirando, y con una voz llena de tristeza:

—¡Pobre niña!.....

La Madre observaba atentamente todas las emociones que experimentaba la condesa; y viendo que la situación había llegado á ser penosa, porque la dama y Houten Clara, á la vez con un mismo pensamiento permanecían calladas, dijo á aquélla:

—Señora condesa, os ruego que vayamos á la habitación donde se halla el clavicordio: oiréis qué bien toca nuestra querida Clara..... Ah! es una verdadera perla esta niña; la hermana Catarina del convento de Faucon, le ha enseñado la música, y la querida huerfanita toca tan bien, que se la escucharía durante muchos días, sin pensar en comer ni beber.

Entre la condesa y Houten Clara se había ya establecido un lazo de afecto y confianza; sin duda un misterioso sentimiento hacía á la niña ver en la gran señora algo más que una protectora, porque desde que la Madre propuso pasar á otra habitación, la huérfana fué á tomar la mano de la condesa, como si ésta hubiera sido